La muerte de Larra*

Carmen de Burgos

Amanece un día de este invierno de Madrid, claro, gris y frío. Fígaro está aun acostado cuando su criado le entra una carta. ¡Carta de Dolores! Debía ser una engañosa carta en la que ella se prestaba a oírlo, una carta pérfida que trae al corazón de Fígaro el último rayo de esperanza. Cree que consiente en verlo, porque aún queda amor en su alma. La han alejado de él intrigas y calumnias que aún podrá desvanecer; él disipará sus miedos, sus indecisiones; su amor triunfará de la infamia. Se hallará una fórmula acomodaticia para no separarse.

Fígaro salta del lecho y escribe. Es lo único que escribe aquella mañana. El maravilloso hablista traza atropelladamente estas líneas que fotograbamos, mal construidas, dobla el papel, lo cierra con una oblea y no le pone dirección.

«He recibido tu carta. Gracias: gracias por todo. Me parece que si piensan ustedes venir, tu amiga y tú, esta noche, hablaríamos y acaso sería posible convenirnos.

En este momento no sé qué hacer. Estoy aburrido y no puedo resistir a la calumnia y a la infamia. Tuyo».

* *Carmen de Burgos (Almería, 1867–Madrid, 1932) es considerada hoy como una precursora de ideología moderna por las feministas que buscan en su tarea y en su propia vida –profesora separada, maestra por obligación y atrevida periodista– un modelo de actuación femenina rebelde cuando la mayoría del género seguía las normas. Carmen de Burgos constituye, junto con Victoria Kent, Clara Campoamor y Margarita Nelken, uno de los puntos de referencia indiscutibles cuando se trata de valorar la intelectualidad femenina española de principios de siglo. Su obra es nutrida. Novelas, novelas cortas, cuentos, artículos periodísticos, biografías y ensayos salieron de su pluma desde que en 1900 empezó a escribir* Ensayos literarios *hasta el año de su muerte. De entre sus numerosos títulos, la biografía que la escritora nos legó del escritor romántico Mariano José de Larra es sin duda uno de los más destacados. En efecto,* Fígaro *tiene muchos valores. Uno importante era que la escritora pudo reconstruir los momentos finales de Larra porque contó con el testimonio de la familia, que también le regaló un baúl lleno de cartas y objetos personales del periodista. Además, analiza con profundidad la mentalidad y la literatura de Larra, periodista de ácida letra que vivió sus 28 años entre 1809 y 1837. El capítulo XVIII de la biografía se titula escuetamente así: «El suicidio» y recrea las últimas horas de Larra, de aquel lunes 13 de febrero de 1837.*

Fígaro. (Revelaciones, ella descubierta, epistolario inédito), *Carmen de Burgos. Epílogo por Ramón Gómez de la Serna, Madrid, Imprenta de Alrededor del Mundo, 1919.*

Hace entrar a la persona que le ha traído la carta; es una muchacha joven a la que interroga ansioso, al par que asegura su fidelidad con nuevas dádivas.

Después de la breve conversación Fígaro se queda contento, alegre, lleno de optimismo. La esperanza renace. Se asoma al balcón y la silenciosa calle de Santa Clara le oprime el corazón. Vuelve a hallar en ella algo de ese inmenso cementerio que ha visto en Madrid, el pavimento mojado, las paredes húmedas, los muros de Santiago, y aquel jirón de cielo tan pesante que parece servir de toldo. Cielo gris, que deja adivinar el sol bajo la masa blanda que se desploma sobre la tierra. Vuelve la vista hacia la habitación y también le parece descuidada, fría, triste. Tiene esa frialdad de las habitaciones en donde no hay amor, ese aspecto que toman las casas abandonadas. Fígaro llama a la criada y al criado que lo sirven. Es preciso arreglarlo y embellecerlo todo. Ordena que se enciendan todos los braseros, que pongan flores en los búcaros, hay que vestirlo todo de fiesta y de alegría. Él mismo se viste con la elegancia de costumbre, envía a llamar al peluquero para que lo peine y le arregle la rizada barba. Come de prisa, distraído un momento con las gracias de su Adelita; pero nervioso, inquieto, deseando acelerar las horas.

Acabada la comida sale, lo envuelve la alegría de la calle, en aquel segundo día de Carnaval. Las máscaras ponen la nota pintoresca de color, con brochazos de sus alegres percalinas; resuenan los gritos, las músicas, los ecos de la voz gangosa, voz chillona, voz de máscara; se establece esa mayor sinceridad que da el taparse la cara. El autor de *Todo el año es Carnaval* se mezcla a la multitud, va a casa de Delgado, su editor; pasa por la redacción del periódico, entra a ver a Mesonero Romanos y al lado suyo, influido por esa dulce paz espiritual de Mesonero, Fígaro habla de sus proyectos y le propone la colaboración en su Quevedo. Mesonero que es de sus buenos amigos, de los que no sienten la envidia, se queda satisfecho de ver a Fígaro lleno otra vez de confianza en lo porvenir, de ansia de vida, de creaciones, de trabajo; lleno de proyectos y de entusiasmo. Ha abandonado su tristeza, su pesimismo; se diría que renace.

¿Por qué extraña condición de su espíritu Fígaro que tiene toda el alma llena de otra mujer va a visitar a su esposa? Pepita está convaleciente de una afección catarral, y su marido pasa todos los días a verla. Este día ella se sorprende de hallarlo tan contento. Animada por esto le propone salir e ir a ver a la niña; pero Larra le dice que aquella noche espera a unos amigos.

Desde casa de su esposa Fígaro vuelve a la suya. Ni está desesperado ni piensa en hacer un recuento de su vida, como el que hace confesión general, ni ha deliberado suicidarse. Está más alegre, más confiado que nunca. Estremece contemplar el aspecto de esta breve e intensa felicidad. ¡Va a esperarla a ella! Siente temblar su corazón en la zozobra de la espera, en esa duda cruel del amor impaciente. ¿Vendrá? Está caldeada la estancia, las luces encendidas... no se atreve a abrir un balcón para no enfriar la habitación; va de la puerta a la ventana... levanta los visillos, escucha... En esos momentos vive toda la eternidad de su vida en la intensidad. La cocinera entretiene a la niña; el criado, advertido, espera. El Carnaval es propicio para aquella cita; la sombra, manto necesario para envolverla en su visita, cae poco a poco, y Dolores entra. ¡Dolores! ¡Es ella! ¡Está allí! ¿Dónde están los discursos que Fígaro había preparado? ¿Qué es lo que quería decirle? No tiene más que ojos para contemplarla y corazón para quererla.

La amiga –que ha referido después esta entrevista a la misma esposa de Fígaro– queda en la antesala. Ellos no cierran la puerta. Fígaro le habla de su amor, de sus padecimientos; suplica. Hay lágrimas en su voz. Ella está dueña de sí, coqueta. A las súplicas de Fígaro contesta con frialdad. Está decidida a irse con su esposo, a rehacer su vida, no quiere seguir en una situación equívoca.

–¿Por qué has venido? –pregunta él.

–¡Quiero que me devuelvas mis cartas. No debe quedar nada entre nosotros!

Él la oye como el que no comprende, no puede, no quiere comprender. Ella se levanta, cruje el raso de su falda y esparcen perfume de rosa los encajes de su mantilla. Como queriendo dar ejemplo, deja sobre la mesa la carta que Fígaro le ha escrito esa mañana, e imperiosamente demanda las suyas. Sólo ha querido verlo para eso... para asegurar su tranquilidad. Su voz es dura, sus palabras crueles; llegará a azotarlo con el insulto si se niega. Fígaro suplica aún. Como la escena se prolonga y él pasa de la súplica a la violencia, la amiga aparece, interviene...

¡Fígaro le da las cartas! Una visión de muerte pasa por él, una visión de crimen. Quiere salvarse, apartarla, y llama. Aparece el criado.

–Acompaña a estas señoras.

No es la primera vez que en sus días más felices la ha acompañado Pedro...

Fígaro se siente enloquecer; no están solos, ya no puede él llorar; ya no puede estrecharla entre sus brazos y ahogarla en ellos an-

tes de dejar de verla para siempre. Aún en el momento último retiene su mano y bebe en el calor y el roce de su piel la vida toda. No es una despedida. Es una pregunta. La busca del último resquicio de esperanza.

–¿Adiós?

No puede creer que aquella mujer que lo ha amado lo pueda abandonar así. Pero ella responde:

–Adiós.

–¿Adiós para siempre?

–Sí.

Se aleja... ¡No hay remedio! La ola de la pasión y del dolor envuelve a Fígaro. No piensa, no reflexiona, no se da cuenta de nada. ¡Es un dolor bárbaro el suyo! ¡Se ha ido! ¡No la verá más! Él no concibe ya la vida. El *Siempre*, el invencible *Siempre* lo anonada. Rabia, dolor, impotencia; rebeldía, contra lo invencible, lo supremo, lo inconcebible. Uno de esos momentos en que no hay cielo, ni aire... en que el mundo se abre, cortado a pico por un hachazo, y no tenemos dónde poner el pie. Se ha concluido todo... la locura invade el cerebro... no recuerda... no hay hijos... padres... gloria... nada. Es imposible vivir en el vacío. El alma se va... el alma corre, el alma vuela... la sigue... la acompaña... la anhela. Es el alma deseosa de escaparse la que lo guía... ¡Desdichadamente las pistolas están allí, en la caja amarilla! Son el remedio... no puede sufrir aquel dolor bárbaro de su corazón... Se aplica la pistola a la sien, sin fijarse en nada, loco, apresurado, pensando quizás que Dolores va a volver al oír la detonación y que va a revivir en brazos de ella... ¡Dispara!

Dolores no ha salido aún de la casa. El ruido del disparo y la caída del cuerpo y de los cristales del balcón producen un ruido que oyen todos. Los otros no sospechan nada. Dolores, sí. Tiene la visión de lo que ha sucedido. Pero en vez de dolor y amor siente pánico de verse descubierta; con voz temblante y emocionada dice al criado:

–Vuélvase usted... vuélvase, Pedro. Pueden necesitarlo...

No se atreve a decir más y aprieta el paso, se aleja, huye... Nadie la acusará de asesinato, pero ella sabe que su mano, que aún guarda la presión de la mano de Fígaro, ha disparado un arma. Sabe que es ella quien lo ha matado. Los pasos breves y rápidos de las dos mujeres se pierden resonando a lo lejos sobre las desiguales losas de la calle de Santa Clara. A sus ecos responden las campanas de Santiago doblando lastimeras por las ánimas... Fígaro no es más que un cadáver que yace

sangriento y abandonado... no ha recogido nadie su último suspiro, ni su última mirada... sobre la mesa habían quedado unas cuartillas y la carta que le devolvió Dolores.

Parece que un velo de muerte cubre la casa, un estremecimiento de temor agita a todos. Es más triste, más lastimera la voz de las campanas de Santiago. Ella sabe que doblan por un muerto más. Que en el aire vaga aún el suspiro de otro agonizante. Las campanas de Santiago lloran; es como si quisieran con sus dobles dar el viso de que un hombre agoniza y muere solo y abandonado; de que hay un cadáver a quien nadie se acerca. Las campanas quisieran ser como esas campanas que tocan a fuego y hacen correr a las gentes para remediar el siniestro. Pero nadie las entiende, ellas lloran, doblan, plegan... a sus ecos lastimeros responde el alegre bullicio de las máscaras, ya cansadas del regocijo del día... ¡El cadáver continúa solo tendido en medio de la estancia!

La detonación apenas ha sonado. La criada escuchó el ruido de la caída del cuerpo derribando el juego de té y de los vidrios del balcón que quebró la bala, pero no comprendió y puso su comentario vulgar al volver Pedro:

–Mal humor ha dejado al amo esa visita.

Era la hora en que la niña debía entrar, como todas las noches, a darle un beso a su padre antes de acostarse. Tierna costumbre que es un mentís más a los que han dicho que Larra no hacía caso de sus hijos o han escrito que la niña estaba allí por casualidad. No queriendo los criados exponerse al mal humor de Fígaro la dejaron ir sola. Adelita, la linda niña de rizos rubios, no tenía idea de la muerte; pero el espectáculo de su padre caído en el suelo, casi bajo la mesa, con un revólver al lado y los muebles derribados, la sobrecogió. Sintió lo que no comprendía y huyó aterrorizada llamando a los criados:

–Papá está debajo de la mesa.

Entonces acudieron.

Un quinqué iluminaba el fúnebre cuadro. Al caer había derribado el velador, periódicos, libros y papeles se habían esparcido por el suelo; un cristal del balcón se había roto y un helor glacial penetraba en la estancia: Fígaro yacía pálido, con los ojos cerrados; con una expresión de dolor y de amargura, que denotaba bien las últimas impresiones de su vida.

Su cabello de ébano caía sobre su noble frente y hacía resaltar más la palidez. Apenas se notaba el orificio de entrada de la bala, apenas la sangre había salpicado la pechera de su levita y de su camisa. Se podría decir, en verdad, que descansaba.

ES DEBER DE TODO ARGENTINO

interesarse por los productos del país.

EL

MOSCATEL ROSADO PALENCIA

es un producto genuinamente nacional; jugo puro de la exquisita uva moscatel rosado.

Pruebe el nuevo tipo, COSECHA - 1903.

En venta en todos los Almacenes, Despensas, etc.

BODEGAS DE

Ricardo Palencia & Cía.

Gral. San Martín - Mendoza.